

La enseñanza y el estudio de la economía*

Benito Rey Romay ●

I. Aclaraciones iniciales

No obstante que algunas reflexiones y conclusiones que expongo en este ensayo podrían ser aplicables a la enseñanza de la economía en otros países, el centro de mi atención es lo que sucede y podría aplicarse en el nuestro.

También debo advertir que si bien mi pretensión fue abarcar el ámbito académico nacional, dudo que la haya satisfecho cabalmente puesto que hay centros de estudio que no conozco suficientemente y porque me fue imposible liberar el ánimo de mi particular y principal interés por esta Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México; facultad en la que fundamentalmente me formé y Universidad a la que me debo hoy totalmente.

Quiero señalar además, que mi preocupación por el asunto la tengo desde hace seis o siete años, y que su tratamiento lo hice por primera vez, en forma muy general, en un discurso que pronuncié en ocasión del primer homenaje luctuoso de nuestro maestro Jesús Silva Herzog, discurso que fue recogido por la revista *Cuadernos Americanos*. Este interés me nació y creció, debo confesarlo, de los desenfoques y fallas, muy visibles para todos, de notorios economistas al servicio del

* Disertación del autor para formalizar su ingreso como miembro de número a la Academia Mexicana de Economía Política. Leída en el auditorio de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, el día 27 de julio de 1989.

● Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

Estado y de algunas declaraciones atroces de colegas voceros del sector privado.

Respecto al tratamiento más extenso que hago ahora del tema, quiero advertir que no me mueve el propósito de hacer crítica acusativa; no me siento con la suficiente autoridad para ello, ni vivo actualmente en la práctica intensa de la docencia. Aclarar esto, es para manifestar la buena voluntad que lleva lo que aquí diré y solicitar de antemano, disculpas por las exageraciones y omisiones en que pueda incurrir.

Estoy consciente, por otra parte, de que esta sesión pública de nuestra Academia no es ocasión para venir a delinear un programa para el estudio de la profesión, sino para sólo discurrir sobre elementos y fundamentos adicionales que a la enseñanza e investigación podrían dársele para permitirnos una mayor comprensión científica de los fenómenos económicos en general, pero, principalmente, para ayudar a reorientar el análisis, la crítica y la acción sobre los que afectan a nuestro país; y al decir reorientación quiero dar a entender que no planteo algo que sea de total inauguración o de mi invención, sino que propongo acciones que, en cierta medida, son retorno a caminos que parecen olvidados o desdeñados sin razón científica suficiente.

II. Un poco de historia reciente

Empezaré mi disertación con algunas reflexiones sobre la enseñanza de la economía en nuestro pasado, pasado que no es remoto en tanto que varios de los aquí presentes vivieron sus inicios.

La pionera enseñanza de la economía en nuestro país surgió de la iniciativa de hombres con formación universitaria y vocación política, animados con el propósito de formar economistas para el servicio público. No hay duda que éste fue el enfoque principal, y los listados de materias de los antiguos programas escolares revelan el interés, desde un principio, por la economía como ciencia social. Poco después se visualizó la necesidad de que los economistas pudieran ser también útiles al sector privado.

El magisterio en esas primeras escuelas estaba constituido en mucho por funcionarios gubernamentales de niveles medios y altos. Rápidamente, la mayor parte, fueron egresados de ellas, aunque muchos habían concluido o avanzado previamente otras profesiones, princi-

palmente las de maestro normalista, ingeniería civil, abogacía y contaduría. El estudiantado, por su parte, estaba integrado por alumnos que provenían de todo el país y con una buena cantidad de centroamericanos. Casi todos los alumnos, al tiempo que cursaban su carrera, trabajaban como ayudantes o auxiliares de sus maestros en dependencias de la administración pública central y descentralizada, aunque, también, en bufetes de la profesión y en empresas privadas, principalmente de la banca y en las organizaciones empresariales.

La oferta de profesionales que esas escuelas hacían era, y lo fue hasta hace unos 20 años, inferior a la demanda; tan lo fue así que la incorporación al trabajo, aun en puestos de responsabilidad, se hacía antes de la conclusión de los estudios o sin el requisito del título profesional. En suma, el economista, sin importar entonces la procedencia, era muy solicitado y apreciado.

En tales escuelas, conforme a sus propósitos principales de fundación, se proporcionaba una enseñanza preñada de preocupaciones sociales y nacionales que le daban el carácter de una sociología económica o economía social, que nos hacía muy proclives a la política. Esta clase de enseñanza, en épocas en que la Revolución Mexicana no había pasado a la historia o todavía daba señales de vida, tuvo una gran eficacia con egresados bien preparados e inspirados que dieron gran lustre a la profesión y servicios de gran excelencia al país y a su pueblo.

Bien se que lo anterior no es desconocido para muchos; pero conviene traerlo a la memoria para destacar que todo ello configuraba una enseñanza que tenía gran correspondencia con la realidad nacional; la que se impartía en las aulas continuaba con la observación de los fenómenos en vivo, adquiriendo así numerosos maestros el carácter de jefes de seminario de sus alumnos en sus oficinas, impartiendo verdaderas lecciones prácticas. También había entre los estudiantes un cotidiano y estrecho contacto, incluso con condiscípulos que tenían otras profesiones, diversidad de trabajos y provenían de diferentes estados de la República y aun de otros países.

Se tenía, además, la presencia de varios de los maestros que habían establecido la profesión en el país, imponiendo un gran respeto por el estudio y un verdadero celo para los desvíos, que fueron configurando una rigurosa ética profesional que ellos mismos observaban ejemplarmente.

Al destacar lo anterior no pretendo idealizar el pasado o insinuar que las primeras escuelas fueron mejores que las correspondientes de

hoy, sino señalar que ahora no cuentan con una serie de condiciones propicias que, de alguna forma, es necesario compensarles. Es decir, sólo me interesa señalar en este momento las diferentes circunstancias que pueden explicar muchas cosas que pasan, que se dicen y que son estimulantes acicates.

Ahora bien, si durante un tiempo sólo existieron escuelas de economía en los grandes centros de educación pública superior, y en algunas pocas universidades estatales, no mucho después empezaron a establecerse otras en institutos y universidades privados que, con el tiempo llegarían a capturar en conjunto un gran volumen del estudiantado; mucho de él inicialmente por medio de becas.

Esa aparición de escuelas privadas, pero principalmente su importante crecimiento después de 1968 (año en que los principales centros de docencia e investigación, así como varias universidades provincianas se vieron sujetos a ofensivas, críticas alevosas y fueron objeto de campañas mal intencionadas de desprestigio y de discriminatoria prevención), determinaron un cambio severo en la enseñanza de la economía en el país; por lo pronto, empezó a dividirse ésta, puede afirmarse, en abierta y clasista. No quiero sin embargo, dar a entender que no existieron desde antes algunas características de esta división, pero fue, a partir del año mencionado, en el que se inició la verdadera escisión que ha llegado a la franca y clara división de hoy que, cada vez más, se vuelve ideológicamente contenciosa.

Soy de los que no tienen duda —y al decirlo declaro mi posición—, de que tal división fue y es todavía propulsada conscientemente por los intereses del mundo de los negocios, al que conviene y dan confianza profesionistas que resulten convencidos de los principios teóricos que justifican su existencia y “tecnificados” con las lucubraciones pseudo teóricas en que apoyan sus acciones y sus exigencias de privilegio.

Pero también ha contado para esa división la explicable radicalización de izquierda en las escuelas públicas, resultante de la comprensión científica (que permite la economía política que es su original y tradicional estudio) de lo que en el país y en el mundo pasa y del por qué pasa.

Así, gradualmente, fueron abandonando las aulas públicas las élites y las clases altas de la sociedad, para engrosar los alumnados de las escuelas privadas nacionales y de las universidades extranjeras, principalmente norteamericanas.

III. Una caracterización de la enseñanza actual

A esa gradual evolución clasista se debe hoy una marcada diferenciación no sólo por origen social y económico de los respectivos alumnos, sino también en cuanto al enfoque teórico de la enseñanza. Dicho en resumen, las escuelas privadas se apoyan en el marginalismo subjetivista, postulan una economía pura y el liberalismo como posición doctrinaria; en tanto que las públicas, continuando su tradición, se atienen al objetivismo y reclaman el amplio intervencionismo económico del Estado, la justicia social y la soberanía económica nacional.

Conforme a lo anterior, en las escuelas sostenidas con fondos públicos, se mantiene como núcleo principal del análisis al marxismo-leninismo, mientras que en las que apoya el sector privado se explica fragmentariamente y sólo como historia ya congelada, fundamentándose hoy la enseñanza en tesis de profesores como Friedman, Modigliani, Dornbush, etcétera, e insistiendo en las pretensiones matemáticas originadas por Walras y Jevons, así como en los propósitos de establecer la política económica con base en modelos que presuponen una acción e interacción mecanicistas de las principales variables económicas.

Estas grandes diferencias en cuanto a los enfoques analíticos y entre los consecuentes planteamientos y finalidades de la política económica se pueden apreciar, en forma muy sintética, si se atiende a los extremos calificativos con que cada parte designa a la otra como epítetos: Tecnócratas y populistas.

Pero hoy sucede que los egresados de las escuelas privadas y extranjeras han sustituido, ya en gran medida, en los puestos de la administración gubernamental, a los economistas formados en las públicas, y ello sin restricciones en cuanto a los niveles de dirección y decisión. Pero no sólo se ha dado esto, sino que los primeros han estado practicando discriminación, nunca antes vista, contra los que no son de su divisa escolar. Pero también han convencido, o así lo parece, a muchos de los colegas ajenos a su incubación intelectual y que en el gobierno todavía permanecen, de la supuesta validez de sus tesis y de la eficacia de sus procedimientos de ajuste para recuperar la estabilidad económica perdida.

En el discurso a que aludí al principio de esta disertación, advertía que aquellos gobiernos de países pobres y de precaria democracia que se dejan guiar por técnicos que tienen la convicción de que es preciso

condicionar la dinámica y expresión de las variables sociales por medio de la imposición de parámetros económicos, extrañan el peligro de una tiranía tecnocrática. Pues bien, no se puede negar que ésta se ha estado imponiendo a los mexicanos (no sin contradicción del liberalismo económico que al mismo tiempo se proclama) y que ello se expresa en el Pacto de Solidaridad Económica concluido, así como en su continuador, el Pacto de Estabilidad y Crecimiento Económico, que está vigente. ¿O qué no es tiranía sujetar, sin consenso, a un mínimo la evolución de los salarios y dejar en libertad la modificación de la gran mayoría de los precios, al mismo tiempo que se contraen el gasto público y el crédito no obstante que con ello disminuya el producto y crezcan desempleo y subempleo?

Pero hay otra pregunta relacionada: ¿qué no son estos supuestos pactos elaboraciones de economistas que practican una de las dos economías que en México se enseñan?

Las respuestas a esas preguntas podrán ser distintas, pero hay una evidencia que a todos los economistas, sin excepción, se nos presenta y es la de que tal política económica se aplica porque se han violado y siguen violándose varios postulados fundamentales clásicos que dan su validez social a la profesión, tales como aquél de Adam Smith de que: "...ninguna sociedad puede florecer ni ser feliz si la mayoría de sus miembros son pobres o miserables", y el de David Ricardo, que complementa al anterior dándole orientación: de que el meollo de la economía se encuentra en las leyes que determinan el reparto del producto de la actividad económica entre los que concurren a ella.

Pero aquellas tesis de la contracción productiva, de la reducción del bienestar popular, de la concentración del ingreso y de la enajenación gradual de los ámbitos económicos nacional y estatal que sustentan la llamada política de ajuste, no son sólo las que se aplican en razón de una enseñanza que se recibió, sino que son las que se siguen enseñando en algunas escuelas e institutos y las que se difunden a la población como recomendaciones científicas y técnicas de nuestra profesión. Me parece que esta continuidad y esa difusión social deben preocuparnos mucho más de lo que ya lo hacen, puesto que acusan a nuestra ciencia como inhumana y hacen de los economistas seres nefastos o bien cómplices en la perversión de la comprensión ciudadana de la realidad social.

Si hacemos una reflexión sobre por qué las tesis subjetivistas son tan aceptadas por los estudiantes que las reciben, así como por muchos ajenos a la economía, podríamos dar muchas razones, pe-

ro hay dos que me parecen fundamentales para la explicación: una de ellas es que están liberadas de la ética y no implican, por ello, compromiso moral que obligue y, la otra, porque en sus planteamientos generales y en su estudio profesional, son relativamente fáciles de aprender. La primera de estas dos razones se debe a la reconocida pobreza moral del capitalismo y, la segunda, se abona de la ignorancia tan extendida y de la reconocida insuficiencia de la preparación con que se emprenden los estudios superiores en nuestro país.

Sin embargo, es obvio que la oposición a la economía burguesa no puede argumentarse sólo en que ella justifica y conduce a excesos inmorales ni, tampoco, añadiendo que su estudio puede hacerse con poca cultura previa y un relativamente menor esfuerzo intelectual. Desde el enfoque moral, las acusaciones están hechas, son repetidas y deberían haber sido suficientes; pero no lo han sido, como aquella lanzada a centenas de millones de católicos, supuestamente obedientes, desde la muy elevada tribuna del papa Paulo VI, contenida en su encíclica *Populorum Progressio*, cuyo fragmento pertinente en este momento, cito: "Decir desarrollo es efectivamente, preocuparse tanto por el progreso social como por el crecimiento económico... La tecnocracia del mañana puede engendrar males no menos terribles que los del liberalismo de ayer. Economía y técnica no tienen sentido si no es por el Hombre a quien deben servir".

Por tanto, ya está constatado que no es bastante, aunque sea necesario insistir por trascendente, argumentar que hay una conducción económica que es inhumana y socialmente inmoral por provenir de concepciones teóricas falsas, apoyadas en abstracciones falaces que los poderes repiten, para su beneficio, como verdades a la sociedad y hacen permanecer por medio de las escuelas.

Los economistas formados en el objetivismo, aquellos que sostienen y enseñan que el verdadero fin de la economía es lograr que los productos, que evidentemente el trabajo social genera, así como el sobrevalor que en el mercado se agrega, sean, por ello distribuidos y aplicados en forma equitativa y en la medida de las necesidades sociales de digna existencia y de progreso, tienen, sin duda, la razón moral. Pero no sólo deben reclamar esta razón, sino, también, estar capacitados para explicar y demostrar la sinrazón científica, como la que ha conducido a los repetidos fracasos de los planes y experimentos de nuestro país durante un decenio. Y no únicamente todo esto, sino, además tener la lucidez para proponer las medidas alternativas:

la capacidad de ser concretamente propositivos para el corto y mediano plazos.

IV. La importancia de la totalidad teórica

El alcance de esas capacidades no será posible si se aceptan o establecen una enseñanza y un estudio que destierren partes del desarrollo dialéctico de la ciencia. No podemos caer en indebidas analogías que nos lleven a esto.

El génesis y la historia de las ciencias sociales tienen, para los que nos dedicamos a ellas, mucha importancia y utilidad analítica. Las humanidades tienen sus propias historias, al igual que las demás ciencias, pero sus trancos históricos no son sólo expresión de la evolución de la capacidad humana, sino, para la mayoría de ellas, también son resultado de la contienda social. Por tanto, para ellas, el presente sólo se comprende como historia, tal como nos lo advirtió Sweezy para la economía resumiendo sus propios juicios y los de otros anteriores a él, y como nos lo repetía Silva Herzog en su cátedra de Historia del Pensamiento Económico.

Por tanto, conviene insistirle a los que van a ser economistas —y también a muchos que la enseñan— que no se puede ignorar ninguno de los principales y antagónicos enfoques, ni sus correspondientes elaboraciones teóricas que a través de la historia han contendido y contienden ya sea por poseer la verdad científica o en favor de intereses lucrativos particulares de grupos o países. Hay que llamarlos a que tomen en cuenta que la economía, al igual que la sociología y la política, no son campos muy propicios para consensos nacionales o universales, como sí lo son, en gran medida, los de las ciencias de la naturaleza, en los cuales las nuevas hipótesis y construcciones científicas, probadas experimentalmente, son aceptadas sin discusión y excepción y anulan las anteriores para siempre.

Es necesario advertir que en las humanidades antes citadas no hay descubrimientos ni teorías enterradas con certificados de perpetuidad como sí sucede en las ciencias de la naturaleza que sí llegan, con sus leyes, a imponer restricciones para siempre y para todos, que ni sus particulares técnicas pueden eliminar; incluso algunas de las pocas leyes económicas provienen de las naturales.

En la ciencia económica, teorías generales o teorías parciales históricamente superadas, se les ve resucitar ya sea renovadas o

hibridadas. Hoy mismo y desde hace varios años, reclama validez el enfoque clásico con fragmentos del operativo keynesiano, en la llamada síntesis neoclásica, acompañado de la correspondiente doctrina liberal maquillada con unos cuantos rasgos socializadores. Al fin de cuentas, un episodio del proceso dialéctico que protagonizan las históricas e irreductibles tres posturas de los humanos: progresistas, reaccionaria y conservadora, que el economista —hay que enfatizarlo— no puede dejar de conocer en lo pasado y de identificar y seguir en el presente sin el riesgo de no comprender su ciencia o el de dejar que involucone, sin oposición, para mal del avance social al que indudablemente se debe.

Sin embargo, y ello se advierte mejor en la *práctica docente que en los programas de estudio*, en las facultades y escuelas públicas (en las privadas ya lo advertimos) la enseñanza de la economía rechaza el conocimiento de amplias partes del desenvolvimiento teórico. Esto se manifiesta, por años, en un acumulado desdén hacia los enfoques clásico y keynesiano derivado de la perenne emoción y lealtad (y por momentos obsesión) hacia el formidable paradigma científico marxista, que captura toda la atención con su lúcida crítica a la teoría y funcionamiento del sistema capitalista, con la justiciera a su clase hegemónica y con su siempre válido llamado a la acción política reivindicatoria no sólo de la clase trabajadora, sino aunque se olvida, para la desenajenación de la humanidad toda.

Pero también ese fenómeno de indiferencia se agudiza ahora con la justa fobia al enfoque neoclásico que conforma la depresiva, deprimente y antipolar política económica actual.

Pero todos estos menosprecios, no obstante explicables, ocasionan fragmentaciones o rupturas del conocimiento. Así por ejemplo, se observa en la extendida falta de conciencia entre el estudiantado de que la crítica a la economía política, que el mismo Marx hizo, se apoya y se desprende, y al mismo tiempo se centra, en el enfoque y postulados clásicos. De igual forma, no visualiza bien que el modelo keynesiano (hoy todavía en discusión acalorada su vigencia) fue el intento de reducir o cancelar el liberalismo económico ante las evidencias analítica y empírica de que éste es incapaz de hacer permanecer, automáticamente, el equilibrio económico general por medio del mercado. Y que, por esto y también para impedir el arribo del Estado socialista, postuló y orientó la intervención del Estado capitalista, pero utilizando, para todo ello, y en forma no confesada y aviesa, pero no objetable, elementos del análisis marxista.

Por otra parte, no obstante la existencia de diversos y extensos seminarios de economía política establecidos en los programas para profundizar en el análisis marxista, la enseñanza y el aprendizaje en ellos no dejan de estar estancados en el dogmatismo, o engolosinados en la marxología que persigue sólo la erudición. Fuera de las escuelas esta salida sí se ha dado y los intelectuales de izquierda, que en México han dado y siguen dando estos pasos importantes, si bien suman sus aportes a los de otros extranjeros, han dejado de calar suficiente en la nacional enseñanza e, incluso, tienden a desaparecer o a desvincularse de la docencia.

Estas situaciones académicas son de lamentarse también en el ámbito social. Si como economistas o como ciudadanos estamos de acuerdo que hoy ya es urgente e imprescindible revitalizar consistentemente la izquierda militante, tenemos que convenir que esta izquierda requiere para ello formar o aumentar —como ello se considere— sus cuadros intelectuales y técnicos; tarea postergada que corresponde, no sólo, pero sí muy principalmente, reanudar a los centros de enseñanza e investigación.

Así pues, si bien en principio nada hay de objetable en las posturas marxistas de los estudiantes de la ciencia económica si es que ellas son producto de un decantamiento del estudio amplio, riguroso, sistematizado y consistente de la historia de las doctrinas y teoría económica, sí hay mucho que objetar, en cambio, desde el punto de vista de la academia y de su eficacia social real, cuando tales posturas provienen únicamente de la emoción ética o, principalmente, de los esquemas que los partidos políticos difunden para obtener el apoyo popular durante sus campañas y para su empeño inobjetable de ampliar sus enclaves en los grupos sociales importantes como lo son los estudiantiles.

Con lo anterior no quiero insinuar, o adherirme a los que piden que la actividad política sea extirpada a los estudiantes, a los docentes e investigadores, sino subrayar que los centros de enseñanza y estudio de la economía —de cualquier orientación— deben asumir su responsabilidad de ayudar a fortalecer y elevar el nivel de la lucha social: la de crear profesionales que amplíen, profundicen y deslinden, con rigor, los diferentes enfoques de la ciencia para sustento de la lucha política y con el claro propósito de que con ello persiguen darle una utilidad práctica a este quehacer y no aumentar el vocerío.

Pero aquellos que nos mantenemos en la gran vertiente marxista, no sólo es nuestro caso el de conocerla bien (lo cual implica —lo repito— no aislarla por pruritos equivocados, pero debilitadores y

anticientíficos, de no contaminación), sino de actualizarla, ampliarla y adecuarla, para hacerla instrumento práctico de interpretación y de enfrentamiento exitoso actual.

En otras palabras, hoy, en que la economía de los intereses populares ha retrocedido y se entroniza la de los intereses de las minorías y del imperialismo, tenemos que prestigiar la economía política a los ojos de toda la sociedad, no sólo extendiendo su capacidad de explicación hasta la realidad actual, sino desembocándola en la formulación de una teoría para la acción económica que se pueda contraponer políticamente a la que nos plantea el falso dilema fatalista de estancamiento con inflación o crecimiento con dominio extranjero y concentraciones del ingreso y la riqueza. Si para esta tarea trascendental nos resulta útil el instrumental analítico y teórico desarrollado o expropiado por la economía “al uso”, como la calificó el maestro Sacristán Colás, muy torpe sería no utilizarlo.

V. En busca de un mejor camino de enseñanza y estudio

Ahora bien, con mucha razón decimos a menudo que es relativamente fácil o muy cómodo señalar deficiencias o necesidades y deberes de cambio, y que, los que esto hacen, tienen también la obligación de proponer posibles caminos de corrección o superación, o de intentarlo al menos.

Cumplir esa razonable exigencia, como todos sabemos, ya no es tan fácil, más aún reconociendo de antemano que existen más inteligentes y eruditos que uno mismo y sintiendo temor porque están presentes y podrían descalificarlo.

De escuchar y estudiar a otros economistas y de hacer reflexiones sobre lo que hoy sucede, ha llegado a parecerme muy importante y por ello lo señalo en primer lugar, que el estudio y la enseñanza de la economía requieren hoy, aunque desde hace tiempo, ser enmarcados (a partir del momento más apropiado), en el análisis de la crisis que desde hace más o menos dos décadas, según hay consenso, ha venido padeciendo esta ciencia. Crisis muy amplia añadiría, pues es notoria tanto en su incapacidad de conducción económica (en la política económica), como en la explicación de los fenómenos (en la actividad teórica) y en la identificación de tendencias (en la prospección).

Podemos suponer que el sólo planteamiento y discusión de esta crisis total, llevaría a la necesidad natural de andar o de recorrer el ya

largo y fascinante camino del pensamiento económico, por lo menos dentro de los contextos históricos de sus más lúcidos y socialmente influyentes momentos.

Esto, como puede comprenderse, cumpliría esa exigencia de afianzamiento o fortalecimiento teórico a que estuve haciendo referencia.

Pero otra consecuencia, que me parece sumamente importante, sería la de que ubicaría al futuro profesionista, antes de salir de las aulas, en la situación precaria actual de su ciencia y de su profesión, encaminándolo a fortalecerse con semillas científicas de otros cultivos del saber.

En esta necesidad que en lo particular he sentido de espigar en otros campos, he llegado a ciertas conclusiones sobre cómo podría entenderse mejor el fenómeno económico y sus interinfluencias con el social y el político. Estas conclusiones, como se verá no son originales, sino que me han surgido, en gran medida, de las de otros, o bien las comparto con ellos que las han adelantado, tales como mis colegas académicos Alonso Aguilar y Fernando Carmona, así como otros latinoamericanos: Celso Furtado y Pedro Vuskovic y otros que nos interesaron desde las aulas, como Schumpeter y Baran.

Creo hoy, antes que nada, que el estudio del desenvolvimiento histórico de la teoría es, como ya he insistido, imprescindible e indispensable; pero que no es suficiente. Esto, como algunos recordamos, nos lo repetía en muy amplio sentido nuestro maestro Silva Herzog al decir: el economista que sólo sabe economía, ni economía sabe.

Es claro que son muchas las materias y disciplinas que en un determinado momento podría uno apuntar como agregados para la formación de un economista capaz, y es seguro que, de inmediato, otros aumentarían el catálogo.

Por supuesto que ningún conocimiento sobraría a un economista, salvo alguna que otra cosa, como las reglas del tenis a que muchos se aficionaron en el sexenio del presidente López Portillo. Pero hay algunos que me parecen insoslayables y que señalo particularmente por ser sustento de algo que diré más adelante. Estos son: la geografía económica, la sociología en su más amplio espectro, las doctrinas políticas y la evolución contemporánea de las tecnologías productivas, distributivas y financieras.

Pero todo esto plantea una pregunta: ¿Para qué todo este paquete de conocimientos adicionales?

Me parece que la primera respuesta sería que un economista que recibe en las aulas únicamente el discurrir teórico de su ciencia, y más

aún suponiendo que sea analizada cada etapa de avance sustancial en su marco histórico, tenderá a caer en el determinismo económico, que se revuelve en sí mismo por no considerar los elementos extra-económicos que no sólo son influyentes en las reestructuraciones sociales, sino directamente en la estructura y fenomenología económica en formas ahora evidentes, pero también estudiadas por numerosos pensadores que me vienen a la memoria en desorden, tales como Schumpeter, Burham, Sartre, Galbraith, Marcusse y Packard, así como por otros que han ahondado en el desarrollo desigual, en la economía informal, en la moderna psicología social y en la gran influencia actual de los medios de comunicación, como Mc Luhan y nuestro compañero académico Bernal Sahagún.

Pero también se sustenta esta necesidad de formación multidisciplinaria en el hecho de que hoy coexisten dos economías: una que podríamos llamar la natural en tanto que consiste en las tradicionales actividades de combinación de factores productivos visibles, tangibles y mensurables, sujetas a diversas legislaciones y competencias en el mercado y, otra que, de tan pura invención humana, ha llegado a ser hasta abstracta, pero que hay que ser capaz de analizar y entender muy bien puesto que influye cada vez más concretamente en la primera, tendiendo —y lo va logrando—, a condicionarla totalmente, no sólo en los ámbitos nacionales, sino en los internacionales aumentando la interdependencia; esto es, aumentando el riesgo de unos países con el desempeño o los intereses de otros, otros que, además, están constituyendo bloques económicos.

Si se está de acuerdo que en el mundo existen esas condiciones que el nuevo economista enfrentará, urge dar respuesta a una pregunta: ¿estamos en las escuelas preparando economistas que puedan identificar, analizar o actuar en ese complejo económico, sociológico, tecnológico y político, velozmente cambiante y en partes oculto en la llamada economía subterránea pero también en la economía financiera que ya no opera sólo centrada y dirigida por las visibles tradicionales instituciones, sino en gran parte dispersa y libre en las grandes corporaciones transnacionales, o sujeta a secretas consignas gubernamentales?... ¿Estamos preparando en las escuelas científicos y técnicos aptos para este universo?...

Señalado en los párrafos anteriores lo más importante de lo que creo necesario para aumentar y mejorar la óptica de los nuevos economistas, me resta, sin embargo, cumplir la obligación propositiva de señalar cuál me parece ser la más promisoría ruta para llegar

a hacer capaz a nuestra ciencia del estudio dinámico del fenómeno económico. Para esta proposición voy a permitirme primero recordar algo que no es nada nuevo para este auditorio, mediante el resumen siguiente:

Sabemos, (y empezamos a comprenderlo bien gracias a Marx), que el trabajo y el capital son, con sus resultantes finales: salarios y ganancias, los elementos dinamizadores de la actividad productiva social; dinamizadores en el sentido de que no únicamente reproducen al sistema, sino que lo expanden en las diferentes medidas que cada fórmula de su combinación (cuantitativa y cualitativa) permiten.

Ahora bien, todo lo que está implícito en este resumen es entendido y observado tanto por la economía que hoy prevalece como por la marxista que parte de los análisis de la plusvalía y de la acumulación. Sin embargo, sus desarrollos teóricos no están concluidos en sus aspectos cualitativos y en su forma dinámica, y esto aún tomando en cuenta el importante paso analítico de la reproducción simple a la ampliada marxista, o los efectos combinados del multiplicador y acelerador de los keynesianos, o la mecánica monetarista.

Este desarrollo teórico incompleto, debido en buena parte a la gran complejidad actual que no ha sido acompañada de un aumento paralelo clarificador de la capacidad estadística, si bien no está abandonado, el caso es que no es suficiente hoy para analizar *a priori* una propuesta de política de crecimiento o formular un modelo alternativo de desarrollo continuo, aun de mediano plazo.

Si se está de acuerdo con lo anterior, llegaremos a convenir en que es necesario introducir a los nuevos economistas, y animar a los investigadores así como a los maestros, a caminos analíticos que prometan una desembocadura práctica, de mayor eficacia operativa, así como enriquecedores de la teoría misma. Creo que el meollo de la cuestión es elegir aquél que permita reducir el exceso de abstracción teórica, exceso que, incluso, se lleva a la práctica con gran crueldad operando experimentalmente con el todo social.

Esto está a la vista hoy en muchas partes, como en el caso de nuestro país.

Uno de los caminos que a mi parecer tiene méritos y grandes posibilidades para ser privilegiado, es el del análisis del excedente económico enfocado a: sus fuentes y diferentes caudales de origen; los sectores y actividades en que se acumula; sus determinantes económicos y extraeconómicos de aplicación; sus mecanismos de transferen-

cia productiva e improductiva (sus filtrantes) y sus posibilidades de incremento absoluto.

Una mayor persistencia —y también paciencia— en esa profundización analítica prometen, a mi juicio, llegar a sernos de gran utilidad no sólo para la crítica certera del funcionamiento de las economías de hoy, sino también para sostener los planteamientos propositivos para estructurar una más humana, estable y progresiva. No hay duda que los planteamientos así sostenidos, tendrían, por otra parte, mayor objetividad propicia al consenso social imprescindible a la lucha política progresista y esto es un gran aliciente adicional.

Sobre las posibilidades y bondades del enfoque analítico del excedente económico, hay convincentes reflexiones y propuestas agrupados en estudios y ensayos que se han publicado. Celso Furtado, por ejemplo, lo considera pieza clave para estructurar una nueva economía política, tarea ésta a la cual convocó desde hace años.

Es claro que para seguir a mayores pasos este camino analítico, se requerirán (y con él se desarrollarían), una mayor y más precisa óptica estadística que las actuales; no sólo más amplia, sino más desagregada, así como una mayor y mejor labor en la monografía y más virtuosas técnicas de programación y evaluación de alternativas para la aplicación de recursos, que superen con mejores ponderaciones sociales y tecnológicas las actuales de costo-beneficio tan miopes por el economicismo.

Pero también tendrá entonces mayor utilidad económica y social todo lo que se ha teorizado sobre moneda y crédito y que hoy, con grandes ínfulas, es utilizado sólo en su sentido contraccionista y concentrador del ingreso, por el monetarismo.

En fin, creo que podríamos llegar a sustituir la eterna pregunta de la minoría usufructuaria: ¿cómo hacer rico al país?, por las dos que a nosotros nos corresponde contestar: ¿por qué es pobre y tan injusto?; ¿qué relación determinante hay entre injusticia social y subdesarrollo nacional?

VI. La otra cara de la profesión

Pero hasta aquí sólo me he referido a la formación de los economistas como científicos sociales, a la de aquellos que desembocarán en los postgrados. Pero queda mucho por decir sobre la mayoría: sobre aquellos que se aplicarán al ejercicio de la profesión.

Quiero empezar este tema con una proposición: este grupo mayoritario de profesionistas, si bien debe ser considerado aparte para su capacitación, éste aparte no puede significar que desconozcan lo que antes me he permitido proponer para sus colegas que se dediquen a avanzar la ciencia con la docencia y la investigación. Aquí aparece pues, la pertinencia del llamado tronco común. Y esto así, por la calidad moral e intelectual que siempre hemos querido y demandamos que tenga el economista, ya que no concebimos que la actuación dentro de la economía real implique llegar a servir para que la irracionalidad o el abuso sean exitosos; ello significaría la perversión de la profesión.

Creo que la cuestión de estos futuros economistas se reduce a su introducción, en determinado nivel de su preparación, a especializaciones verdaderas; esto es, delimitadas, programadas y atendidas en formas concretas y no abstractas ni, tampoco, de contenido histórico o anecdótico, como en buena medida tiende a suceder y puede ejemplificarse con las materias economía agrícola y economía industrial, de hecho relegadas por ser optativas dentro de un marco macro de la enseñanza. Estas materias tienden a convertirse en seminarios de la historia o de los problemas de la agricultura y de la industria mexicanas, sustituyendo así su verdadero propósito que me parece ser: la capacitación para aplicar el razonamiento económico a los diferentes fenómenos industriales y agrícolas en cualquier tiempo y lugar, así como para entender el papel que desempeñan en el proceso de desarrollo económico y social. La historia y la problemática nacionales, importantes sin duda, corresponden a otras materias específicas.

Siendo generalmente el trabajo profesional de este sector de los economistas a nivel microeconómico y resolviéndose en la gestión, en el control y en el desarrollo de unidades administrativas y productivas, la aptitud suficiente requiere del fortalecimiento de ciertas materias como la de evaluación de proyectos, diagnóstico y planeación financiera y proyección de tendencias sectoriales. Sin embargo, dado que la actividad de estos economistas se desempeñará necesariamente en ambientes interdisciplinarios, se requiere también, al igual que en la formación para el desempeño científico, de la incorporación de nuevas materias, principalmente las correspondientes a la integración y funcionalidad del marco institucional y las relativas al nivel actual y perspectivas del desarrollo tecnológico para la producción en cada una de las diferentes especializaciones que se desprendan del tronco común.

Para estos tipos de actividad profesional, resultan indispensables amplias prácticas de campo, continuos ejercicios con casos hipotéticos y reales y conferencias de técnicos de diversas ciencias.

A fin de cuentas, la idea central a regir todo este asunto de desembocar la profesión también a fines prácticos, es la de crear técnicos economistas de gran capacidad analítica, que tengan aptitudes para la solución de problemas de microeconomía y un desarrollado sentido para la combinación de factores productivos. Consideradas estas cualidades en conjunto, se integra una verdadera ingeniería económica que no existe, pero que, de crearse, atendería a la preocupación generalizada hoy entre los estudiantes, que no ven posibilidades ciertas y amplias de encontrar empleos en que puedan ejercer su profesión.

Acerca de esto último, mucho se dice que el mercado de trabajo para los economistas está saturado. Yo considero que sí; que efectivamente lo está. Sin embargo, y de acuerdo con mi experiencia, sólo cuantitativamente y no en lo cualitativo. Esta situación sería un tema importante a destacar dentro de un curso propedéutico de gran alcance para los aspirantes a ingresar a los estudios, con el propósito de que los inicien con el entusiasmo y esfuerzo que se requieren para alcanzar la máxima competencia y enfrentarse, con éxito, a la competitividad entre sí y con otras profesiones.

VII. Un comentario final

Quiero concluir esta disertación con una breve reflexión personal sobre algo que ha estado insinuándose entre líneas y que no me resisto a concretar:

Si bien nuestra ciencia nació de una necesidad de encontrar las leyes que determinan e incrementan la riqueza y, con ello, formular teorías para el mayor poderío de gobiernos y enriquecimiento de personas organizadas en empresas, contenía sin embargo, desde sus primeros tiempos, alientos e inquietudes morales que la humanizaban.

Con el desarrollo del capitalismo, ese contenido moral inicial de la ciencia se relega a la última de las cuestiones por considerar.

La actividad económica conscientemente se deshumaniza dentro de los propios países y se vuelve feroz la dinámica de su despliegue en

el campo internacional. Con esto, la economía real, dirigida por las clases sociales que la dominan y por gobiernos que las privilegian, pervierten el crecimiento productivo y exportador y los convierten en verdaderas calamidades sociales.

Pero de la propia ciencia económica, surge el pensamiento vigoroso que se opone; la somete a análisis y la convierte en posibilidad de liberación: en una ciencia que se agrega a la familia de las humanidades.

Ya con esas alas, se desprende una corriente de pensamiento que se desata de los intereses particulares y alcanza alturas que vislumbran los sociales.

Todo esto significó en lo intelectual una hazaña; una hazaña científica que inspiró e inspira otras populares.

De estas reflexiones desprendo una final conclusión para la enseñanza: no podremos formar mejores economistas si los buenos planes no alientan la emoción por continuar con esa histórica y actual tarea humanista.